

que se parcela administrativamente el país o las numerosas explotaciones en las que cada uno de ellos trocea al respecto su terrazgo. Algunos de los mapas son multicolores, y los más se han confeccionado con gamas (hasta ocho) de un único color. En cualquier caso el conjunto responde a la idea tradicional que se tiene de un atlas como agrupación de representaciones cartográficas. El término «fundamental» utilizado en nuestra presentación no equivale a «exclusivo» porque, además de mapas, el *Atlas* aporta perfiles, gráficas, climogramas, pirámides, fotografías, esquemas o cuadros y cada aspecto graficado se acompaña con la correspondiente explicación escrita, en todo caso firmada por el autor.

El primer bloque se dedica a los elementos del medio físico que condicionan los usos agrarios del suelo: morfológicos, de temperaturas, precipitaciones, evapotranspiración y potencialidad agrícola con índices de Turc. A continuación, los grandes usos del suelo, dedicando un capítulo particular al regadío «como uso del suelo y modo de cultivo clave en la agricultura española», que incluye particulares manifestaciones gráficas sobre la aspersión, los acuíferos y las comunidades de regantes, de cuyo comentario se ha encargado F. Molinero. Sigue la exposición de la población rural, su dinámica y estructura, con localización municipal de 1900, 1950 y 2001, densidad de población en esas mismas fechas, tasa de variación acumulativa y pirámides de edad de los distintos grupos de municipios según tramos de número de habitantes; después, las de residentes extranjeros y tasas de actividad masculina y femenina y la pirámide estructural del trabajo fijo por sexo, edad y dedicación; y, dada la complejidad de la ocupación en la población rural, las de la industria, la construcción y los servicios, con comentario de B. García Sanz, del Departamento de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Se complementa la exposición con la de las unidades de trabajo-año en 1999, variación de la mano de obra familiar, distinguiendo los de 65 años y más, y el trabajo asalariado. Pero dedicando también especial atención a la juventud y a las mujeres rurales, con detalles sobre las unidades de trabajo generadas por esa mano de obra femenina y las relativas a las titulares de explotación. En las características de las explotaciones se expone la orientación técnico-económica predominante en dos fechas distintas, el margen bruto por explotación y por hectárea, la tipología provincial según tamaño, la distribución geográfica de los distintos aprovechamientos agrícolas, pecuarios y forestales, la mecanización, los precios de los productos y las macromagnitudes agrarias. Hay capítulos dedicados a la industrialización

rural, la localización de ese empleo, el turismo rural, las segundas residencias y, al igual que en el Libro Blanco, la territorialización de los apoyos públicos. También, tras ellos, los que exponen la proporción de residentes llegados entre 1991 y 2001, los activos que trabajan fuera de su municipio, el mapa de las zonas vulnerables, el consumo alimentario y el grado de envejecimiento. Y se cierra con los más novedosos de la dotación de alcantarillado y agua corriente y la cobertura a finales de 2003 de líneas ADSL por línea de telefonía fija, el número de habitantes afectados y el cuadro de telecentros con acceso a esa banda ancha satelital, en lo que destacan las provincias de Huesca, Teruel y Badajoz.

Es que en los términos municipales no propiamente urbanos, además de, cultivos o barbechos, ganados y montes, se desarrollan otras actividades que no se encuadran en el sector primario. Se trata de casas dedicadas al turismo o de restaurantes. Y de asentamientos de empresas que han montado sus fabricas o centrales de almacenaje y distribución en pueblos, en la proximidad de éstos o a lo largo de la carretera; en cualquier caso, fuera de todo espacio propiamente urbano o periurbano. Y en esas actividades no agrarias buscan los campesinos, y más las campesinas, el complemento económico del que rinde el pegujal familiar, trabajadas en general una y otra ocupación a tiempo parcial. Así, en muchos parajes el campo es ahora asiento de unas actividades y una población multidisciplinarias, para cuya comprensión y estudio la Geografía agraria de antaño ha sido reemplazada por la más compleja Geografía rural. Estas publicaciones aquí reseñadas, ambas referidas al conjunto español, pueden servir de soporte o, al menos, de actualización.—ÁNGEL CABO ALONSO

Santander. Balance investigador

I. MEDIO SIGLO DE CRECIMIENTO URBANO DE UNA CAPITAL PROVINCIAL DE LA ESPAÑA CANTÁBRICA*

El patrocinio del Ayuntamiento de Santander, que con motivo del 60 aniversario del incendio de la ciudad firmó un convenio de colaboración con el Departamento de Geografía, Urbanismo y Ordenación del Territorio de

* MARTÍN LATORRE, Elena & MEER LECHA-MARZO, Ángela de (Dir.): *Evolución urbanística de Santander. 1941-1990*, Santander, Ayuntamiento de Santander, 2003, 253 págs.

la Universidad de Cantabria, ha dado pie a la edición de este volumen dirigido por las profesoras Martín Latorre y Meer Lecha-Marzo. Su contenido viene a ser una síntesis de las investigaciones de ambas autoras sobre la capital cántabra en los últimos veinte años, complementadas con las aportaciones de otros investigadores del citado Departamento sobre el mismo escenario urbano.

La obra aparece dividida en dos partes, la primera dedicada al estudio del incendio de 1941 y de los procesos urbanos desencadenados por aquel desgraciado suceso, tanto los relativos a la reconstrucción de la zona incendiada, como los derivados de la construcción de nuevas barriadas periféricas destinadas al alojamiento de la población desplazada; capítulo que se cierra en torno al año 1955. Una segunda parte analiza el crecimiento urbano desde comienzos de la década de 1950 hasta 1990, con dos campos temáticos diferenciados, el de los sucesivos instrumentos de planificación urbana aplicados en la ciudad, y el de la producción de vivienda en el período de referencia. Ambos «bloques temáticos» están precedidos de una «Introducción» y unos «Antecedentes», firmados por las directoras del trabajo, en los que se plantean el alcance y objetivos de la publicación, y una breve y atinada historia urbana de la ciudad hasta mediados del siglo XX.

El estudio del incendio y posterior reconstrucción de Santander está protagonizado por la doctora de Meer, cuyos trabajos sobre el particular son bien conocidos, con el concurso de las aportaciones de Isabel Sierra Álvarez y Mercedes Cesteros Sedano. Se abre con un capítulo acerca del casco histórico de la ciudad en las vísperas del incendio, en el que se pone de manifiesto que se trataba de un espacio morfológicamente heterogéneo, funcionalmente complejo y de contenido social popular. Se valoran, a continuación, las alternativas planteadas tras el desastre, reconstrucción o renovación de la trama desaparecida, con la decantación de las Administraciones públicas por la segunda de las alternativas, que suponía la desaparición de la trama histórica, la reordenación viaria y el cambio tipológico en la edificación.

El tercer capítulo de este estudio, escrito a partes iguales por Isabel Sierra y Ángela de Meer, aborda el proceso de renovación urbana que supuso la reconstrucción del Santander incendiado. Por una parte, el cambio morfológico derivado de una nueva trama viaria y parcelaria y de una edificación homogénea desde el punto de vista tipológico; por otra, el cambio funcional y social del área reconstruida, que pasó a ser un espacio ter-

ciarizado y ocupado por una población rejuvenecida y acomodada.

En el capítulo final de esta primera parte de la obra, Mercedes Cesteros Sedano se ocupa de analizar el crecimiento periférico provocado por el incendio de la zona central de la ciudad, que tuvo como consecuencia la expulsión de una población envejecida y de escasos recursos económicos, sin capacidad por tanto para hacer frente a los gastos de la reconstrucción; y que acabó realojada en barriadas periféricas promovidas primero por la iniciativa pública y luego por la privada.

Dirigióse esta expansión urbana hacia cuatro zonas: el casco urbano consolidado, la periferia interior, la periferia marginal y El Sardinero. En la zona más central se siguieron las pautas marcadas por la renovación de la zona incendiada, en los bordes de la ciudad consolidada se colmataron numerosos espacios libres, en tanto que en las áreas más periféricas se acometieron las primeras operaciones de urbanización, y en El Sardinero se prolongó la expansión hacia el Este.

La segunda parte de esta obra, firmada en su totalidad por Elena Martín Latorre, estudia la producción de vivienda en el período 1960-1990, el de mayor crecimiento de su parque inmobiliario, como en la mayoría de las ciudades españolas. El capítulo inicial plantea el marco legal de este proceso, los consecutivos instrumentos de planificación urbana vigentes en la ciudad.

El primero de ellos, gestado entre 1947 y 1955, poco antes de la aprobación de la primera Ley del Suelo, fue el Plan Comarcal de Santander, que extendía su ámbito de actuación a la mayor parte del término municipal homónimo, más parte de los vecinos de Camargo, Astillero, Marina de Cudeyo y Ribamontán al Mar. Revisado diez años más tarde, adoptó el nombre de Plan Comarcal Bahía de Santander, manteniendo la misma escala comarcal, el horizonte temporal de aplicación hasta el año 2000, e incorporando una red arterial que fundamentaba la zonificación propuesta.

Como en la mayoría de las ciudades españolas, los años de la Transición trajeron consigo la revisión del planeamiento, de suerte que Santander contó en 1987 con un nuevo Plan General de Ordenación Urbana, que venía a ser la revisión y adaptación del Plan Comarcal preexistente. En el nuevo Plan, se mantenía el carácter residencial y terciario del municipio, declarando como suelo urbano o urbanizable el 60% de su extensión.

En capítulos consecutivos se estudia el proceso de producción de vivienda en la ciudad. Primero, se hace una valoración global acerca del número y localización

de las construidas entre 1960 y 1990; así, de las 50.035 levantadas en la ciudad en ese período, el 44,5% lo fueron en la década de 1960, el 32,8% en la de 1970, y el 22,6% restante en la de 1980. Hay, pues, una tendencia decreciente a partir del *boom* de los 60, que tiene su correlato en unos crecimientos poblacionales progresivamente amortiguados en los intercensales 70-80 y 80-90.

En cuanto a la localización de este masivo parque inmobiliario de reciente construcción, la autora distingue, y cartografía, una serie de categorías residenciales: los escaques y rellenos, dominios del alojamiento masivo, modesto y medio; las áreas complejas de transición; los enclaves del alojamiento de calidad, y las zonas más recientes de la expansión residencial. Esta segunda parte de la obra finaliza con un capítulo sobre los agentes y mecanismos de la promoción inmobiliaria, entre los que se diferencian las personas físicas sin forma societaria, los promotores ligados a sociedades, y empresas-sociedades sin representación de personas físicas; las cooperativas y comunidades de propietarios; las constructoras benéficas, patronatos y centros de trabajo, y las entidades públicas relacionadas con la vivienda.

El libro se cierra, finalmente, con unas «Conclusiones» y una «Bibliografía». Desglosada esta última en un epígrafe general actualizado con las aportaciones más recientes en el campo de la Geografía Urbana de España, y otro específico sobre la ciudad de Santander. Es de destacar, por otra parte, el esfuerzo desarrollado en la cobertura gráfica de la obra, con el uso de fotografía aérea vertical, fotografía convencional, histórica y actual, y cartografía temática urbana a diversas escalas.

II. SANTANDER, CONSTRUCCIÓN Y PAISAJE**

Veinte años, casi no importa cuales, son tiempo suficiente en la ciudad, al menos según la medida geográfica. Bien elegidos, nuestros tiempos cortos pueden resultar el encuadre ideal para la investigación de ciertos procesos urbanos, pues proporcionan perspectiva suficiente sobre la cual sostener trabajos con dimensión y profundidad razonables. La Tesis Doctoral de Alfredo Medina, publicada por la Universidad de Cantabria, representa un magnífico exponente de esa Geografía Urbana novísima que gana eficacia dejando los ciclos largos como pura referencia general, para moverse fundamen-

talmente en el transcurso de dos decenios. Tratándose de Santander resulta correcto el hacer coincidir los cortes inicial (1955) y final (1974) con dos terminaciones, de manera que la obra arranca al concluir la reconstrucción post incendio, y se cierra al declinar tanto el desarrollismo como el propio franquismo. Entre esas fechas, manejadas muy flexiblemente, tuvo lugar la mayor aceleración en el crecimiento de la ciudad, récord histórico cuyo balance edilicio se eleva a casi treinta y cinco mil nuevas viviendas. No hablemos entonces de un tiempo enterrado sino de una porción sustantiva del Santander actual, incluyendo parte de su peor urbanismo escondido tras la fachada noble a la bahía.

En términos metodológicos es mérito de la obra el equilibrio entre tradición y novedad, al igual que en términos organizativos hay en ella proporcionalidad. La primera mitad, de naturaleza más árida puesto que en ella se aborda la construcción como actividad, tiene contrapeso en la parte restante dedicada a la construcción como paisaje. Al director de la Tesis y prologuista se debe sin duda el brillo de una *manera de hacer* muy propia de nuestra escuela, del mismo modo que el tema de estudio encadena al autor con el grupo de investigadores sobre promoción inmobiliaria, haciéndole partícipe de un cúmulo de conocimientos a cuyo enriquecimiento contribuye. De hecho, merecen la más alta valoración por su carácter novedoso, por la cantidad de trabajo aplicado o por la complejidad que encierran, las aportaciones conseguidas al situar a los grandes grupos inmobiliarios en la tupida trama de sus relaciones familiares, sociales, políticas y empresariales. A la hora de trasladar al escenario urbano la construcción de viviendas, también utiliza con rigor el patrón de análisis propio de los estudios clásicos sobre crecimiento espacial, pero lo rebasa al efectuar un minucioso barrido del Santander resultante, a la escala urbana de más detalle.

La parte inicial del estudio, relativa como dijimos a promoción inmobiliaria, coloca en perspectiva a los diversos agentes (Estado, cooperativas, empresas) para descifrar los cruces entre ellos y la variación temporal en sus respectivos papeles, mediante un proceso selectivo del que salen beneficiados los grandes operadores privados. Presentada con solvencia, la secuencia de hechos ilustra los cambios de fondo en las estrategias, en las estructuras empresariales y en la naturaleza de las inversiones (tamaño, localización, destinatarios). Cambios que traducen conexiones cada vez más complejas con el poder, con la política urbana (a través del planeamiento) y por supuesto con las otras actividades (turismo, banca, industria de materiales de construcción).

** MEDINA SÁIZ, A. (2004): *Promoción inmobiliaria y crecimiento espacial. Santander 1955-1974*. Universidad de Cantabria, Parlamento de Cantabria, 286 págs.

El esquema interpretativo enfoca además aspectos habitualmente soslayados, como el solapamiento entre la iniciativa pública y la privada, y desciende al estudio de tipo biográfico en el caso de las grandes compañías. En manos del lector quedan las claves principales de una historia que, despojada de sus matices locales, es la de todo el país. El paso del alquiler a la propiedad, la figura de los contratistas de obras metidos a promotores que llegan a ser *notables*, el gobierno de la ciudad por el núcleo fuerte del negocio. De ahí proceden, sin duda, algunas de las mayores servidumbres que hoy pesan sobre el mercado de la vivienda y sobre el urbanismo español, aunque muchos de aquellos promotores hayan sido barridos (o asimilados) por operadores de mayor escala, nacionales o extranjeros. Aún es posible obtener otra enseñanza, pero ésta vez de signo contrario, sobre el esfuerzo de inversión que el Estado realizó otorgando protección oficial a un 60% de las viviendas edificadas durante el período de análisis; sin menospreciar el hecho de que eso sirvió, en buen número de casos, para transferir indebidamente recursos públicos a manos privadas, también es cierto que tuvo efecto en la contención de precios hasta el proceso inflacionista de los años setenta.

Más espacial, la otra mitad de la Tesis explora todas las modalidades de crecimiento resultantes (yuxtaposición, transformación interna, suburbanización), al amparo de un Plan (1955) que sobrevivirá a la Dictadura. Para ordenar sus observaciones el autor establece una zonificación de la ciudad basada en criterios amplios (cronología, morfología, contenidos socio-funcionales) y aún subdivide a veces las unidades resultantes, de manera que la escala de estudio llega a estar por debajo del barrio. Al ir iluminando las diferentes piezas de la ciudad heredada, el discurso pone de manifiesto no sólo la desigual incidencia y manifestaciones del estallido desarrollista, sino también la importancia de las singularidades geográficas (crecimiento, organización, formas de paisaje), debidas tanto a la conformación natural del terreno como a la construcción social histórica. Siendo relativamente numerosos, los derribos no tuvieron parangón con otras ciudades pues el área del incendio estaba recién reconstruida y el Ensanche del Muelle apenas sufrió daños. Así que la mayor presión fue soportada por los antiguos arrabales y las periferias decimonónicas o del primer tercio del siglo XX, incluyendo los Ensanches de Maliaño y El Sardinero, las parcelaciones y suburbios. En ese teatro de operaciones, tan fragmentado como rico en componentes, tuvieron lugar procesos de relleno, renovación y cambios de uso (fá-

bricas, conventos, almacenes, chalés, antiguos equipamientos). Fenómenos lo bastante intensos como para generar centralidades (Las Alamedas), producir extensas masas de edificación cerrada (Maliaño) o causar heridas irreparables al Sardinero. Sin embargo a partir de los años sesenta irán emergiendo los espacios de nuevo desarrollo (polígonos, planes parciales), algunos con tanto peso en la estructura urbana como General Dávila, rico muestrario de tipologías edificatorias, o el asentamiento cooperativista de Cazoña. El Santander resultante es un organismo complejo, formalmente muy contrastado (tejido denso frente a ciudad jardín y *open planning*), socialmente bien diferenciado. Desde entonces su fisonomía ya no está sólo marcada por el *glamour* del veraneo distinguido, o los chalés ajardinados indicadores de privilegios de clase. También es la ciudad de los bloques en formación densa, el hábitat de la dera mal resuelto o la penuria del alojamiento obrero.

Una veintena de fotografías tomadas por el autor acompañan y dan cierta cobertura a esa parte del texto, retratando en no pocos casos el peor o más banal Santander de la época, con visualizaciones a ras de tierra *muy geográficas*. Fuera de ahí el aparato gráfico quizá resulte algo escaso, reiterativo y por tanto poco imaginativo, lo cual en absoluto devalúa la obra, menos aún tratándose de un mal tan generalizado, pero también le resta la fuerza que proporciona una buena cartografía de representación.— I. RAMÓN ALVARGONZÁLEZ RODRÍGUEZ. II. SERGIO TOMÉ

*El paisaje del Aljarafe**

Todo estudio dedicado al análisis del paisaje se enfrenta al reto de definir qué se entiende como tal, lo que no resulta una tarea fácil dada la complejidad de un concepto que mezcla realidades objetivas con percepciones, que es presente a la vez que pasado, que, en esencia, es la forma que adquieren los elementos territoriales, pero tales formas responden a unos usos y funciones y, por si fuera poco, que está sujeto a un continuo dinamismo de todos estos ingredientes que evolucionan a distintas velocidades.

El paisaje es la morfología de la superficie terrestre y desde la Geografía se suele identificar con las repre-

* DELGADO BUJALANCE, B.: *Cambio de paisaje en el Aljarafe durante la segunda mitad del siglo XX*. Sevilla, Diputación de Sevilla, 2004, 463 págs.